



Escribe
FRANCISCO SAGASTI*

ESCRIBO esta nota el Domingo de Resurrección, tiempo de regocijo y alegría cristiana, y esto me ha hecho pensar sobre la Semana Santa que hemos vivido en el Perú. Sólo días después del noveno aniversario del autogolpe del 5 de abril tuvimos unas elecciones libres y limpias, y por segunda vez en un decenio resucitamos como país. Luego de la resurrección que significó vencer el terrorismo y superar el caos económico de los ochenta, resucitamos ahora del autoritarismo y de la corrupción de los noventa. Y este es el milagro cívico que todos debemos celebrar en esta Pascua de Resurrección.

¿Quién hubiera pensado, hace un año, que podríamos librarnos tan rápidamente del asfixiante yugo del Fujimorato y de las tenebrosas maquinaciones del Montesinazgo? ¿Quién se habría imaginado que una serie de vídeos —producto de la manía chantajista del ex asesor— nos mostrarían con toda claridad la podredumbre del régimen que nos gobernó durante un decenio? ¿Quién hubiera supuesto que esto daría pie a una reacción cívica que provocaría la implosión del Fujimorato? Pues bien, es eso lo que ha pasado y, con la dolorosa excepción de las víctimas de los disturbios azuzados por el gobierno durante la marcha de los Cuatro Suyos, sin derramamiento

el Domingo de Resurrección

de sangre y sin violencia fratricida.

Más aún, en sólo unos meses la ONPE se logró recomponer totalmente y realizar unas elecciones ejemplares. ¿Quién dice que los peruanos no podemos hacer las cosas bien y rápido cuando nos lo proponemos? ¿Se imaginan lo que podríamos lograr como país si pusieramos el mismo empeño, la misma energía y la misma concertación de voluntades que pusimos en la causa electoral en otros aspectos de la vida nacional? Por ejemplo, mejorar la educación y la salud, o aumentar nuestras exportaciones y convertirnos en una potencia turística mundial.

Estos éxitos cívicos son producto de una confluencia de factores: un pueblo hartado del Fujimorato y su forma de gobernar, un cuestionado Congreso que supo reaccionar en una situación extrema y responder razonablemente, un gobierno de transición probo y empeñado en demostrar que la política puede ser decente en nuestro país, y el apoyo decidido de la comunidad internacional. Todos estos factores pueden y deben conjugar una y otra vez en el

próximo quinquenio para hacer frente a los problemas que nos agobian. De otra manera nuestro país corre el serio peligro, no sólo de perder la oportunidad que nos ofrece esta extraordinaria situación que estamos viviendo, sino de sumirnos otra vez en el caos social, económico, político y moral.

Al margen de las interpretaciones coyunturales de los resultados, en estas elecciones la gran mayoría de ciudadanos ha reafirmado su fe en la democracia, y ha optado por un modelo económico de centro izquierda que armonice el funcionamiento del mercado con la justicia social. Las dos fuerzas políticas que se enfrentan en la segunda vuelta comparten, en lo esencial, el mismo espacio en el espectro político. Por lo tanto, tienen la obligación de hacer explícitos sus planteamientos y de establecer diferencias que nos permitan elegir entre ellas en base a algo más que corazonadas o adhesiones emocionales. Los peruanos debemos escoger a nuestro próximo Presidente en base a la credibilidad de los candidatos y la confianza que podamos tener en ellos,

así como a la pertinencia y viabilidad de sus propuestas y a la calidad de sus equipos de gobierno. Aún queda mucho por explicarle a la ciudadanía, y ningún análisis de matemática poselectoral sobre posibles trasvases de votos permite avizorar el resultado de lo que es, en lo fundamental, una nueva elección.

Cualquiera que sea el resultado, el próximo Presidente enfrentará una situación muy difícil. El Perú no está ahora para juegos ni experimentos. Diez años de Fujimorato nos han dejado con una profunda recesión económica, con la mitad de la población por debajo de la línea de pobreza por más de diez años seguidos, con dos terceras partes de la población en edad de trabajar desempleada o subempleada, con todas las instituciones del Estado —Poder Judicial, Congreso, Poder Ejecutivo, Fuerzas Armadas— en una profunda crisis, y con un desasosiego moral y una desconfianza generalizada en los políticos y la política.

Lo que hemos logrado como país en estos últimos meses durante el gobierno de transición nos da motivo de esperanza, pero al mismo tiempo ha puesto en evidencia los enormes desafíos que tenemos por delante. El próximo gobierno no tendrá una "luna de miel" —ésta la disfrutó el gobierno de transición— y por lo tanto tendrá que actuar con prisa, sin pausa, con firmeza y con buen criterio desde el primer momento. Por esto importa contar con un gobierno y un Presidente capaz de ejercer el liderazgo de manera abierta, participativa, transparente, enérgica y movilizandando las energías de todos los peruanos. ¿Quién de los dos candidatos podrá hacer esto? Esa es la pregunta que nos hacemos muchos peruanos. ■

*Francisco Sagasti es ingeniero industrial especializado en planeamiento estratégico. Es Director del Proyecto Agenda-Perú. Ha sido fundador y director ejecutivo de GRADE; presidente del Consejo Consultivo de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo en las Naciones Unidas; jefe de planeamiento estratégico del Banco Mundial; profesor visitante en la Escuela de Negocios Wharton de la Universidad de Pennsylvania y asesor de instituciones gubernamentales, empresas privadas y organismos internacionales. Ha publicado 18 libros.

